

sobre el Sand, y las olas pasaban sobre él con violencia. En el acto estuvieron los marinos en la ribera y prontos á botar al agua un serení. Mientras esperaban un momento de calma para atravesar la marejada, se presentó corriendo un joven costeño y sacó de su puesto á uno de los tripulantes del serení. « No, no, Juan, esta vez no, le dijo, ya has salido tres veces porque yo me había casado. Lo justo es razonable: así es que voy á tomar mi turno otra vez. » El bote fué botado al agua, é iba ya á pasar la marea, cuando una terrible ola lo levantó, volcándolo por completo. Tres de los tripulantes se ahogaron, y uno de ellos era el hombre recién casado y que había rehusado el que ocupase su puesto su hermano. Sin pérdida de un instante se alistó otro serení para ser botado al agua; salió al mar, pero era demasiado tarde. El buque que estaba sobre el Sand se había hecho pedazos, y todos los que estaban en él habían perecido.

CAPÍTULO VIII

El Soldado.

Soy hombre de autoridad, tengo soldados á mis órdenes; y á este hombre le digo: Vete, y se va; y á otro: Ven, y viene; y á mi sirviente: Haz esto, y lo hace. — *El centurión*, en SAN MATEO¹.

Es mi destino, mejor dicho, es mi deber. Al fin y al cabo, el más elevado de nosotros no es sino un centinela en su puesto. — WHITE MELVILLE².

Bien derramada está la sangre del hombre por su familia, por sus amigos, por su Dios, por su patria, por sus semejantes: lo demás es vanidad, lo demás es crimen. — BURKE³.

He venido aquí para cumplir con mi deber, y no experimento satisfacción alguna, ni tampoco puedo disfrutarla, excepto en el cumplimiento de mi deber para con mi patria. — WELLINGTON, en Portugal⁴.

La vida del soldado es una vida de deber. Debe ser obediente, disciplinado y estar siempre dispuesto. Cuando es llamado por el clarín tiene que ir. Cuando se le ordena que marche á una empresa peligrosa, tiene que ir. No hay que discutir; tiene que obedecer las órdenes, aunque éstas sean mandándole marchar á la boca de los cañones.

1. I am a man under authority, having soldiers under me; and I say unto this man: Go, and he goeth; and to another: Come, he cometh; and to my servant: Do this, and he doeth it. — *The Centurion* in ST. MATTHEW.

2. It is my destiny, rather it is my Duty. The highest of us is but a sentry at his post. — WHITE-MELVILLE.

3. The blood of man is well shed for our family, for our friends, for our God, for our country, for our Kind; the rest is vanity, the rest is crime. — BURKE.

4. I came here to perform my Duty, and I neither do nor can enjoy satisfaction in anything excepting the performance of my duty to my own country. — WELLINGTON in Portugal.

La obediencia, la sumisión, la disciplina, el valor, son rasgos que, entre otros, forman al hombre; existen también aquellos que constituyen al verdadero soldado. Debe existir mutua confianza y estricta obediencia, obediencia á todos los que están más arriba que él. « De este material fogoso é inculto, dice Ruskin, la disciplina militar es la única que puede producir toda la fuerza ó el poder. Algunos hombres que en otras circunstancias habrían caído en el letargo ó en la disipación, son redimidos y llevados á una noble vida por un servicio que á la vez requiere y dirige su espíritu. »

El soldado tiene que estar en su puesto, ya sea en la victoria ó en la derrota. Debe estar alerta constantemente. Si de noche está de guardia, tiene que ahuyentar el sueño. Un momento de descuido podría causar la ruina del ejército sobre el cual vigila. Siempre debe estar pronto el soldado para dar su vida por la seguridad de sus compatriotas. Dormir en los puestos avanzados es la muerte.

El soldado tiene que ser vivo y activo. Siempre debe estar listo. La divisa de lord Lawrence, era: « Estad prontos. » El valor y la actividad de Enrique IV, suplía la escasez de sus recursos. Con 500 hombres resistió al duque de Maguncia, que le perseguía con 25.000, y ganó la batalla de Argues á pesar de la desproporción numérica. Este resultado extraordinario fué debido probablemente en gran parte á la diferencia del carácter personal de los dos generales. Maguncia era pesado é indolente; de Enrique se decía que perdía menos tiempo en la cama del que perdía Maguncia en la mesa; y que usaba poquísimos paños anchos, pero sí una buena cantidad de cuero de botas. Ensalzaba un día una persona la habilidad y el valor de Maguncia en presencia de Enrique. « Tenéis razón, dijo Enrique; es un gran capitán, pero yo siempre le llevo cinco horas de delantera. » Enrique se levantaba á las cuatro de la mañana, y Maguncia como á las diez. Esto era lo que constituía toda la diferencia entre ambos.

El mariscal de Turena era el héroe de los soldados. Participaba de todas sus fatigas, y ellos confiaban ciegamente en él.

En 1672 fué enviado con su ejército á Alemania, para hacer la guerra al elector de Brandeburgo. Estaban á mediados del invierno, y las marchas por los caminos pesados eran fatigosas y molestas. Una vez que las tropas vadeaban lagunas y grandes pantanos, se lamentaban algunos de los soldados más jóvenes, pero los veteranos les dijeron: « Podéis estar seguros de que Turena está más interesado que nosotros mismos; en este momento ha de estar pensando cómo sacarnos en bien. Vigila por nosotros mientras dormimos. Es nuestro padre y no nos habría hecho pasar por estas fatigas si no tuviera un gran propósito, que nosotros no podemos comprender todavía. » Esas palabras fueron oídas por el mariscal, quien declaró que nunca había habido cosa alguna que le diera tanto placer como aquella conversación. Turena era rápido para conocer los méritos del jefe contra quien combatía. Cuando estuvo á cargo de las fuerzas reales durante la guerra de la Fronza, Condé era su contrario, mas se había dicho que estaba ausente en el momento en que tenía lugar un combate. Pero por la manera de llevar el ataque, conoció en el acto Turena que Condé estaba de regreso. « Sí, dijo, ¡Condé está ahí! » Veía una mano maestra en los hábiles movimientos del enemigo.

Después de la guerra francoprusiana, hizo llover un poeta de Alemania un volumen de elogios sobre Von Moltke, en el cual sostenía que Aníbal y Alejandro, Napoleón y Malborough, no eran sino pobres entidades militares comparados con el ilustre jefe del estado mayor prusiano. Von Moltke, recibió atentamente el volumen de versos, y contestó con mucha modestia á la carta del poeta. Decíale á su panegirista que las naturalezas verdaderamente grandes eran conocidas mejor en la prueba de la adversidad. « Hemos tenido un gran éxito, añadía, llamarlo suerte, destino, fortuna, ó miras de la Providencia, no lo han hecho solamente los hombres. Tan grandes conquistas son esencialmente resultado de un estado de cosas que nosotros no podemos ni crear ni dominar. » El excelente, pero desgraciado papa Adriano, hizo grabar sobre su tumba las siguientes palabras: « ¡Cuán diversa es la acción hasta

de los hombres mejores según el tiempo en que viven! Más de una vez ha fracasado el más capaz, gracias á la invencible fuerza de las circunstancias, mientras que uno menos competente ha sido conducido por ellas al triunfo. »

El soldado debe tener el valor del sacrificio de sí mismo. En el otoño de 1760, envió Luis XV, un ejército á Alemania. El marqués de Castries mandó una fuerza de 25.000 hombres hacia Rheinberg. Ocuparon una fuerte posición en Klöstercamp. En la noche del 15 de octubre fué enviado á reconocer un joven oficial, el caballero de Assás, quien se adelantó solo por el bosque á una pequeña distancia de sus hombres. De pronto se vió rodeado por un número de soldados enemigos. Sus bayonetas tocaban su pecho, mientras que una voz le decía quedo al oído: « ¡Al menor ruido que hagáis, sois hombre muerto! » En el instante comprendió la situación. El enemigo avanzaba para sorprender al campamento francés. Gritó con toda la fuerza de su voz las palabras: « ¡Á mí, Auvernia! ¡El enemigo está aquí! » Las palabras sellaron su destino. En el acto le quitaron la vida. Pero su muerte había salvado al ejército. La sorpresa fracasó, y el enemigo se retiró.

Se ha dicho que en todos los países los períodos de combate eran aquellos en que las artes de la paz florecían más prósperamente, y donde resplandecía el genio literario con mayor brillantez¹. Esto puede ponerse en duda; pero tomad el ejemplo de Grecia. Sócrates, Esquilo, Sófocles y Jenofonte fueron todos hombres que pelearon en las batallas de su patria, y después honraron su literatura. Lo mismo ocurrió en Roma, en el apogeo de su gloria. El emperador César fué el más grande de sus guerreros y uno de sus más grandes escritores. Hasta el poeta Horacio fué soldado en su juventud, á quien Bruto confió el mando de una legión.

Es cosa sorprendente ver un número tan crecido de hombres ilustres, poetas, autores y hombres de ciencia que han llevado una vida de soldado, y que han combatido por mar y

1. Bruce, *Retratos clásicos é históricos*. lib. II, pág. 207.

por tierra, en su patria y fuera de ella. Puede ser que la obediencia, el ejercicio y la disciplina, que son el alma de la vida del soldado, ejerzan sobre el carácter alguna influencia potente y creadora, y desarrollen ese poder de concentración disciplinada que es tan esencial para la formación del verdadero genio.

Dante se halló como soldado en la batalla de Campaldino, donde se batió con valor en la primera línea de la caballería gúelfa. Por esta causa y por otras razones, le desterraron después de Florencia. Pedro el Ermitaño, el jefe de los cruzados, fué soldado en su juventud y sirvió á las órdenes del conde de Boloña en su guerra contra Flandes. No se distinguió como soldado, se retiró del servicio, se casó y tuvo varios hijos. Habiendo muerto su mujer, se retiró á un convento y se hizo después ermitaño. Empezó una peregrinación á Jerusalén y á su regreso esparció la noticia de las miserias á que se sometía á los peregrinos. Predicó por toda Europa y guió á los primeros cruzados en número de cien mil hombres. Casi todos perecieron; sin embargo, les siguieron otras cruzadas.

Entre nuestros mismos poetas, encontramos á Chaucer sirviendo como soldado á las órdenes de Eduardo III, en su invasión de Francia, en 1379. Fué hecho prisionero de guerra cerca del pueblo de Retten, donde permaneció cautivo por algún tiempo. Jorge Buchanan, cuando joven, sirvió como soldado raso en el ejército escocés y estuvo presente en el ataque del castillo de Wark en 1523. Ben Jonson sirvió como soldado raso en los Países Bajos. Allí estuvo también sir Felipe Sydney, cuya noble conducta cuando estaba expirando, es una de las más hermosas cosas que registra la historia¹.

1. Estando sir Felipe Sydney mortalmente herido sobre el campo de batalla en Zutphen, y teniendo sed á causa de la gran pérdida de sangre, pidió algo que beber, lo que le fué llevado poco después. Cuando aproximaba la caramañola á sus labios, vió á un pobre soldado á quien lo llevaban cargado, que dirigía su mirada á la caramañola. Al ver esto sir Felipe, no bebió y se la alcanzó al infeliz con estas palabras: « Tu necesidad es mayor que la mía. » Pocos días después murió sir Felipe en Arnheim. La abnegación de un soldado dinamarqués herido fué casi tan grande. Le alcanzó á un soldado sueco que

Algernon Sydney mandaba un cuerpo de caballería durante la rebelión irlandesa. Davenant y Lovelace tenían mando durante Carlos I, mientras que Withers era mayor del ejército del Parlamento. Bunyan fué soldado raso al servicio de la Comuna. Otway sirvió como portaestandarte con el ejército en Flandes, mientras que Farquhar era oficial del regimiento del conde de Orrery.

Steele se alistó como soldado en los guardias de á caballo, pero bien pronto fué descubierto su mérito, siendo ascendido al rango de abanderado. Se distinguió muy particularmente en el sitio de Namur, y después en el sitio de Venloo. Coleridge se alistó como soldado en el regimiento de dragones, pero su jefe en vez de adelantarlo, le ayudó para que obtuviese su licencia. « Algunas veces, decía Coleridge á un amigo, comparo mi vida con la de Steele (sin embargo, ¡ay! tan diferente) por haber llevado armas por un corto tiempo y haber escrito «soldado» después de mi nombre, ó mejor dicho, después de otro nombre, porque estando turbado y siéndome preguntado de pronto mi nombre, contesté: *Cumberback*; y en verdad, eran tan poco ecuestres mis costumbres, que no dudo que mi caballo era de esa opinión. »

Además de éstos, Sotheby era oficial en el 10.º de dragones, antes de ser poeta y traductor de las *Geórgicas* de Virgilio. Guillermo Cobbett, ascendió desde las filas hasta sargento brigada de infantería, antes de ser autor. Lee, F. R., de la Real Academia, sirvió como oficial en el 56.º de infantería antes que dedicara su atención al arte de pintar paisajes; y sir Rodrigo Murchison era capitán de los dragones de Enniskilling antes de llegar á ser una de las lumbreras de la geología moderna.

En la edad noble de la literatura española, fueron soldados y aventureros todos sus poetas y grandes autores, quienes habían combatido en su patria y en el extranjero, por mar y por

estaba herido á su lado, su caramañola de madera en que había cerveza, piéndole que bebiere de ella. La contestacion fué un pistolétazo en el hombro. « Ahora te voy á castigar, dijo el dinamarqués, mi intención era darte todo el contenido de la caramañola y ahora no te he de dar más que la mitad. »

tierra. Lope de Vega fué soldado á bordo de la armada española. Fué uno de los pocos que regresaron al hogar para escribir multitud de comedias, y ser después sacerdote y familiar de la Inquisición. El gran Cervantes fué soldado y se batió en mar y en tierra. Se distinguió por su valor en la batalla de Lepanto, donde recibió tres heridas de arcabuz, dos en el pecho y una en la mano, que lo dejó inválido para toda su vida. Pero como lo dijo él mismo después, « la lanza nunca embota la pluma, » y vivió para escribir su gran *Don Quijote*.

Calderón, otro soldado español, se hizo dramaturgo y después sacerdote. Mendoza de Santillana, gran militar español, era considerado como el erudito más elocuente en la corte de Juan II; mientras que Boscán, Montemayor, Garcilaso y Ercilla eran á la vez militares eminentes y grandes autores¹.

Había cierto parecido entre Cervantes, gloria de España, y Camoens, gloria de Portugal. Ambos eran soldados y hombres de letras. Cervantes perdió su mano izquierda en una batalla y Camoens perdió su ojo derecho. Ambos llegaron á ser célebres, mucho después que sus huesos se habían convertido en polvo. No se sabe dónde nació Cervantes: Madrid, Esquivias, Sevilla y Lucena disputan el honor de ser el lugar de su nacimiento. Poco importa. Murió en la mayor pobreza, fué enterrado en un lugar que ahora está olvidado y á sus restos no se les ha honrado.

No hace mucho que los portugueses celebraron el tercer centenario de Camoens, su poeta más grande. Hubo procesiones, bandas de música, banderas y alegría general en Lisboa. Sin

1. Los restos de la antigua infantería española formada por Gonzalo de Córdoba, fueron muertos desde el primero hasta el último hombre en la batalla de Rocroy, en 1643, estando todos ellos firmes en sus puestos, sin salir uno de sus filas. Todo el regimiento fué encontrado muerto, en formación regular. ¡Cuán diferente de la infantería española durante la guerra de la Península! Era asunto difícil mantenerla en orden. En una ocasión vió correr el duque de Wellington á diez mil hombres. Corrieron hasta perderse de vista. (Y el duque de Wellington ¿en dónde se quedó? ¿Siguió á los fugitivos ó permaneció solo en el campo de batalla? Es sensible que el señor Smiles no nos saque de esa duda, que naturalmente se ocurrirá á todo el que lea su nota. — N. del T.)

embargo, 300 años antes, murió allí Camoens de hambre, casi sin un harapo con qué poderse tapar. ¿Cómo aconteció esto? Camoens era un valiente soldado y un noble poeta. Cuando estuvo en Ceuta con las tropas, desplegó gran valor. En un combate naval que tuvo lugar frente á Gibraltar tuvo la desgracia de perder un ojo. Pero no recibió ni recompensa ni ascenso; poco después de su regreso á Lisboa, se embarcó para la India, entreteniéndose el viaje con la composición de sus *Lusiadas*. De la India se fué á Macao, en China. Regresando á Goa, naufragó en la embocadura del río Meikong. Trató de alcanzar la costa. En una mano llevaba el manuscrito de su poema, mientras que nadaba con la otra. Perdió todos sus bienes terrestres. Á su regreso á Lisboa estaba ésta invadida por la peste. Se hallaba entonces muy pobre, como de costumbre. Dos años después se publicaron los *Lusiadas*. Fueron recibidos con gran entusiasmo. El joven rey le concedió una pensión de unas cinco libras esterlinas. Pero Camoens cayó enfermo, su pensión no le era pagada, fué abandonado por la corte, y vivía de la caridad pública. Su fiel sirviente era su único amigo. Se escapaba de noche para mendigar pan. En 1580 murió Camoens en un hospital y su cuerpo transportado á la iglesia de Santa Ana, donde fué enterrado.

« ¡Cuán miserable cosa, dijo el fraile José Judis en una de las hojas en blanco de sus *Lusiadas*, es ver á genio tan grande tan mal recompensado! Yo le he visto morir en un hospital en Lisboa, sin poseer una mortaja con que cubrir sus restos, después de haber llevado victoriosamente las armas en la India y haber navegado 5,500 leguas: esto es una advertencia para aquellos que se fatigan día y noche sin provecho con el estudio, como la araña que teje su tela para cazar moscas. » Éste es el hombre á cuyas cenizas se le hicieron honras en Lisboa el 10 de junio de 1880.

Ignacio de Loyola fué uno de los soldados de España, cuya vida ha tenido una influencia tan grande en la historia como la de todos los demás juntas. Una grave herida en la pierna recibida en la batalla de Pamplona, le postró por largo tiempo en

su lecho. Habiendo caído en sus manos la *Vida de los Santos*, la leyó con atención y desde ese momento despertóse su espíritu á una nueva vida. Se dirigió al monasterio de Monserrat, y permaneció allí por algún tiempo. Una noche se fué á la capilla del convento para velar sus armas conforme con la antigua costumbre de la caballería y se armó caballero de la Virgen. De allí salió como fundador de esa orden militante, la Compañía de Jesús, la cual, digase lo que se quiera de ella, renuncia á los hábitos del ocio y del lujo.

Uno de los soldados franceses más notables, ha sido Renato Descartes. Nació en Turena en 1596. Fué educado por los jesuitas, quienes tenían un colegio en los alrededores de la casa de su padre, en La Fleche. Contrajo amistad con el eminente monje Marsenne, quien clasificó los estudios de Descartes en asuntos matemáticos y filosóficos. No se atrevió á publicar sus primeras meditaciones. Siendo noble, tomó la profesión de las armas. Sirvió primero como voluntario en el ejército francés, en Holanda, que entonces estaba á las órdenes del duque de Baviera. Se halló presente en la batalla de Praga, en 1620, en la cual se condujo con gran intrepidez.

Durante su carrera de soldado ocupaba sus horas de ocio en la prosecución del estudio de las matemáticas y la filosofía. Estando en Breda con su regimiento, vió un día á un grupo de personas que rodeaban y leían un cartel. Estaba escrito en flamenco, que él no entendía. Por lo tanto, preguntó lo que decía. Fué informado que era un desafío para resolver un difícil problema de matemáticas. La persona que se lo explicaba era Beckmann, director del colegio de Dort, quien se sorprendía al ver que un joven militar tomara un interés tal por las matemáticas. Sin embargo, Descartes le prometió una solución, la cual envió al director á la mañana siguiente muy temprano.

Después de la campaña de Baviera, fué su regimiento á cuarteles de invierno en Neuberg, á orillas del Danubio; y allí teniendo apenas veinte y tres años de edad, concibió Descartes la atrevida idea de efectuar una reforma completa en la filosofía moderna. Dejando poco después el ejército, viajó por la mayor

parte de Europa visitando sucesivamente á Holanda, Francia, Italia y Suiza. Después de haber terminado sus viajes resolvió consagrar todo su tiempo á investigaciones filosóficas y matemáticas, y si era posible, á renovar todo el círculo de las ciencias. Vendió una parte de su patrimonio en Francia — conociendo el peligro de vivir bajo la tiranía de los reyes franceses — y se retiró á Holanda, pero hasta allí mismo le envolvieron sus escritos en muchas controversias. La Iglesia se levantó en armas contra la herejía de su filosofía. Aceptó entonces la invitación de Cristina, reina de Suecia, y pasó á Estocolmo para trabajar y para morir. Realizó lo que se propuso hacer. Causó una revolución en la filosofía, en la geometría y en la óptica.

Ha habido otros militares franceses distinguidos por su carrera científica. Maupertuis continuaba en sus estudios de las matemáticas, en que tanto se distinguió después, sirviendo como capitán de dragones. Mientras servía Malus como ingeniero en el ejército, ocupaba sus horas de ocio, en los puestos avanzados, en el estudio de la óptica. Niepce era teniente en el primer regimiento de dragones franceses cuando se dedicó al estudio de la química, y muy particularmente á la acción química de la luz, lo cual al fin le llevó al descubrimiento de la fotografía. Droz siguió algunos años como soldado raso antes de dedicarse á los estudios que terminaron en su elección para el profesorado de las ciencias morales y políticas en el Instituto francés. El naturalista Lamarck, sirvió también muchos años en el ejército francés y se distinguió muchísimo por su valor á las órdenes del mariscal de Broglie. Habiendo sido herido en una batalla, y sufriendo á causa de su mala salud, se vió obligado á abandonar el ejército, después de lo cual se consagró al estudio de las ciencias, con las cuales está tan estrechamente identificado y tan altamente distinguido. Su *Historia de los animales invertebrados*, es su mejor monumento, siendo considerada como una de las obras más profundas y completas que se hayan escrito sobre historia natural.

De los literatos franceses, la Rochefoucauld, el de las *Máximas*, fué militar en su juventud, habiendo sido herido grave-

mente tanto en el sitio de Burdeos como en la batalla de San Antonio, durante las guerras de la Fronda. Pablo Luis Courier, autor de *Simple discours*, sirvió con el ejército republicano en el Rin y después en Italia, como oficial de artillería. Refiere en sus cartas cuán grande fué su pesar, cuando estudiaba el griego, al ver que su Homero había sido saqueado durante su ausencia, por los austriacos.

En todas las épocas ha sido acompañada la guerra por hechos de crueldad. Las ciudades han sido saqueadas, los campos hechos una desolación, é innumerables vidas se han perdido, en el loco desenfreno de la conquista. En la edad media fué inventada la caballería, para amortiguar hasta cierto punto los horrores de la guerra. Para hacer apto á un hombre en los deberes de la caballería, era sometido desde niño á la obediencia y á la cortesía. Era instruído en el arte de manejar un caballo y una lanza; y en la sociedad de las damas era educado en la elegancia, en la modestia y la gracia. Al llegar á la virilidad pasaba por la solemne instalación en la caballería. La religión era asociada á la institución. De ahí el riguroso ayuno, la vigilia nocturna en la iglesia, el bautismo, la confesión y el sacramento. De esa manera se estableció en muchos casos un elevado modelo de valor y de verdadera nobleza.

El caballero Bayardo ha sido considerado siempre como el caballero verdadero, *sans peur et sans reproche*¹. Bayardo, nació en 1476, en el castillo Bayard, en el Delfinado. Escogió la profesión de las armas y pasó por la acostumbrada educación del caballero antes de entrar al servicio del rey. Es innecesario seguir su historia, durante la cual se condujo siempre como verdadero caballero. Sus servicios principales fueron en Italia á las órdenes de Francisco I, en Fornovo, en Milán, en Génova, en Padua, en Verona, en La Bastía y en Brescia. En el sitio de esta última plaza dirigió en persona el asalto. Saltó la muralla y recibió una terrible lanzada en un muslo, quebrándose la pica y quedando un pedazo de ella en la carne. «La ciudad ha

1. Sin miedo y sin tacha.

sido tomada, dijo, pero lo que es yo no entraré en ella nunca. Estoy herido mortalmente. » Al saber el duque de Nemours que el primer fuerte había sido tomado, pero que Bayardo estaba mortalmente herido, tuvo tal pena, como si la herida la hubiera recibido él mismo. « Soldados y camaradas, exclamó, vamos á vengar la muerte del más cumplido caballero que jamás haya existido. » Brescia fué tomada, y los venecianos fueron arrojados de allí.

Mientras los franceses saqueaban la ciudad, fué alzado Bayardo de entre los muertos y heridos, y llevado sobre una puerta de madera á la casa más inmediata. Ésta pertenecía á un caballero que había huido, dejando á su mujer y á sus dos hijas jóvenes y bonitas al cuidado de la providencia. La dama abrió en persona la puerta y recibió á Bayardo. Aunque creía que iba á morir, tuvo suficiente fuerza para ordenar que los soldados no saquearan la casa, y tomó sobre sí el indemnizarlos por la pérdida de su botín.

La señora dispuso que Bayardo fuera llevado á una buena habitación, donde se arrojó de rodillas delante de él y dijo: « Noble señor, os ofrezco esta casa y todo lo que contiene; todo os pertenece por las leyes de la guerra. Sólo os pido un favor, y éste es que guardéis las vidas y el honor mío y de mis hijas. » Aunque Bayardo apenas podía hablar, dijo: « No sé si curaré de la herida que he recibido; pero mientras yo viva, ni vos, ni vuestras hijas sufriréis daño alguno. Os prometo todo el respeto y la amistad que están en mi poder. Pero la necesidad más apremiante ahora es la de procurarme algún auxilio y que esto sea pronto. »

La señora acompañada por uno de los soldados, se fué en busca de un cirujano. Tan luego como hubo llegado éste, examinó la herida: era grande y profunda, pero afortunadamente no era mortal, según lo declaró. El duque de Nemours envió también á su cirujano, y con la atención cuidadosa y la buena cura de las heridas, se halló Bayardo bien pronto en estado de convalecencia. Al mismo tiempo le preguntó á la señora que dónde estaba su marido. « Lo ignoro, contestó ella llorando

amargamente, no sé si está muerto ó vivo, pero creo que se ha retirado en un convento. » Cuando supieron el lugar en que estaba escondido, envió Bayardo á dos arqueros y al cocinero para que le llevaran á su casa. Se le ofreció formalmente seguridad y protección mientras el enfermo permaneciera en su casa.

Cuando el cirujano le hubo asegurado que su herida estaba curada y que con la ayuda de su sirviente, podía fácilmente curar la cicatriz exterior por medio de una untura, recompensó Bayardo al cirujano con su acostumbrada liberalidad y resolvió reunirse al ejército á los dos días. Cuando el caballero y la señora de la casa pensaron en el rescate que tendrían que dar á Bayardo por su protección, reunieron todo lo que tenían. Esto consistía en 2,500 ducados de oro en un cofre de acero ricamente esculpido. La señora entró en la habitación de Bayardo y se arrojó á sus pies. El buen caballero la obligó á que se levantara y no quiso escucharla hasta que hubo tomado asiento cerca de él.

« Señor, dijo ella, toda mi vida he de dar gracias á Dios que haya tenido á bien enviarnos un caballero tan generoso á nuestra casa en medio del saqueo de nuestra ciudad; y mi esposo é hijas mirarán siempre en vos á nuestro ángel tutelar, y recordarán siempre que es á vos á quien debemos nuestras vidas y nuestro honor... Reconocemos que somos vuestros prisioneros; la casa con todo lo que contiene, es vuestra por derecho de conquista; pero nos habéis mostrado tal generosidad y grandeza de espíritu, que vengo á pedir os que tengáis piedad de nosotros y que quedéis contento con el pequeño presente que tengo el honor de ofreceros. »

Presentóle ella el cofre, mostrando á Bayardo su contenido. « ¿Cuánto tenéis aquí? » preguntó él. « Señor, no hay más que 2,500 ducados, pero en caso que no estéis satisfecho, mencionad la suma que queráis que se os dé y trataremos de conseguirla. » Bayardo, á quien nada importaba el oro ni la plata, replicó inmediatamente: « Si me hubierais de ofrecer 100,000 ducados, no los estimaría tanto como la bondad que me habéis manifestado desde que he estado con vosotros, en la compañía que me habéis hecho, tanto vos misma, como toda

vuestra familia. » La señora volvió á ponerse de rodillas y con lágrimas en los ojos le suplicó que aceptara su regalo. — Me consideraré la mujer más desgraciada del mundo si lo rehusáis. — Puesto que tanto lo deseáis, contestó Bayardo, lo acepto; pero suplico que me enviéis aquí á vuestras hijas para que yo pueda despedirme de ellas. » Bayardo dividió los ducados en tres partes: dos de 1,000 ducados cada una, y una de 500. Cuando llegaron las jóvenes se pusieron de rodillas á sus pies, pero él las obligó á levantarse y á tomar asiento.

« Señor, dijo la mayor, veis delante de vos á dos jóvenes que os deben su vida y su honor. Sentimos muchísimo no poder manifestar nuestra gratitud de otro modo, sino rogando á Dios por vos durante toda nuestra vida y pidiéndole que os recompense, tanto en este mundo como en el otro. » Bayardo conmovido hasta derramar lágrimas, les dió las gracias por su asistencia y encantadora sociedad, pues habían sido sus compañeras diarias y le divertían trabajando en su cuarto y cantándole, ó tocando el laúd. — Vosotras sabéis, dijo, que de ordinario no están cargados los soldados con joyas para poderlas regalar á las señoritas. Pero vuestra madre me acaba de obligar á aceptar de ella 2,500 ducados que veis aquí. Os doy mil á cada una de vosotras para que formen parte de vuestro dote; y por lo que hace á los 500 restantes los destino á ser distribuidos entre los conventos pobres que hayan sufrido más con el saqueo. »

Así quedó arreglado el asunto, en medio de las lágrimas y de la gratitud de toda la familia; y cuando Bayardo se fué, llevó consigo la alegría, la bondad y la abnegación del verdadero caballero cristiano.

Por esta época ofreció el papa Julio á Bayardo que lo haría capitán general de la Iglesia. Á esta propuesta contestó Bayardo que « no tenía más que un Señor en el cielo, y éste era Dios, y un señor en la tierra, que lo era el rey de Francia, y que nunca serviría á otros. »

Después de muchas batallas y aventuras, siempre conducidas con lealtad y valor, recibió Bayardo una herida mortal en

Rebec, cerca de Milán. El almirante Bonivet, uno de los favoritos de Francisco I, le había colocado en una posición peligrosísima, quizá por celos. Estando allí en su puesto, le tiraron los españoles un arcabuzazo. La piedra pegó á Bayardo en la espalda y le fracturó el espinazo. Cuando sintió el golpe exclamó: « ¡Oh Dios! ¡estoy herido de muerte! » Besó en seguida la cruz de la empuñadura de su espada, usándola como crucifijo.

Sus camaradas quisieron sacarle de la refriega. — No, dijo, no quiero en mis últimos momentos presentar la espalda al enemigo por vez primera en mi vida. Ordenó que se le llevara debajo de un árbol. Tuvo aún bastante fuerza para mandar un « ¡Carguen! » — ¡Dejadme morir, dijo, mirando al enemigo! Sus compañeros estaban á su lado bañados en lágrimas. — Es voluntad de Dios llevarme á su lado. Me ha conservado bastante en este mundo, y me ha dado mayores pruebas de bondad y de favor de lo que yo merezco... Os pido á todos que me dejéis, por temor de que os hagan prisioneros, y esto sería otro dolor para mí. Me estoy muriendo; de ninguna manera podéis aliviarme. »

Entonces se aproximaron los españoles para hacerle prisionero. El marqués de Pescara dijo: — Plugiera á Dios, señor Bayardo, que yo hubiera podido dar toda la sangre que pudiese perder sin morir, para haberos hecho prisionero en buena salud. Desde que he llevado armas jamás he conocido un igual vuestro. El marqués rindió al héroe moribundo toda clase de cortesía y homenaje. Pero cuando se acercó el condestable de Borbón (el condestable que había desertado á su rey y á su patria para tomar servicio con el emperador español), y le dijo: — ¡Ah! Bayardo, ¡cuánto os compadezco! Se levantó Bayardo de su lecho, y replicó con voz firme: — Señor, os doy las gracias. Yo no me compadezco. Muero como un hombre honrado. Muero sirviendo á mi rey. Vos sois el hombre que debe ser compadecido; porque hacéis armas contra vuestro príncipe, vuestro país, y vuestro juramento. » Momentos después expiró.

Sólo después de la muerte de Bayardo fué cuando Francis-

co I, comprendió todo el valor del caballero que había perdido. Francisco había confiado el mando de su ejército á sus favoritos, más bien que á hombres honrados y nobles. — Hemos perdido, dijo el rey, demasiado tarde, á un grande hombre, cuyo solo nombre hacía que sus ejércitos fueran temidos y honrados. En verdad, mereció mayores beneficios y puestos más elevados que los que tenía. Después de la batalla de Pavía, en la que Francisco I *perdió todo menos el honor*, sintió su pérdida mucho más seriamente. — Si el caballero Bayardo, dijo, que era tan valiente y experimentado, hubiera estado vivo y cerca de mí, su sola presencia habría valido lo que cien capitanes. ¡Ah, caballero Bayardo! ¡cuánto os echo de menos; no me hallaría yo aquí si vos estuvierais vivo! Pero el arrepentimiento del rey era demasiado tardío. ¡Bayardo estaba muerto y él mismo había caído prisionero!

Bayardo era viril, noble y puro: sin miedo y sin tacha. Fué justo, generoso, misericordioso y veraz. Su valor crecía siempre con las dificultades que tenía que vencer. Despreciaba á los hombres ricos, á no ser que fueran asimismo buenos. Distribuía todo el dinero que recibía. Jamás rehusó ayudar á sus semejantes, ya fuera con servicios ó con dinero; y esto lo hacía siempre secreta y bondadosamente. Se dijo de él, que había dotado y casado á más de cien niñas huérfanas, buena y sencillamente. Las viudas estaban siempre seguras de obtener su ayuda y su consuelo. Era sumamente bondadoso con aquellos que servían á sus órdenes. Daba un caballo á uno, al otro las ropas, y pagaba las deudas de un tercero. Nunca dejó un alojamiento en país conquistado sin pagar todo aquello que sus hombres habían tomado. Fué enemigo mortal de los aduadores, y detestaba la calumnia. Sus virtudes se manifestaron desde que era niño, y fueron desarrolladas conforme creció en años. Fué coronado con un renombre que la más remota posteridad respetará y admirará¹.

1. Haremos presente que la espada de Bayardo está en posesión del barón sir Juan P. Boileau. El escudo dado por el caballero á Enrique VIII.

La guerra en defensa de la patria ha sido siempre considerada como honrosa. La guerra de conquista es casi siempre considerada como deshonrosa. ¡Sin embargo, á menudo es defendida con el pretexto de extender la civilización! En estos casos, el buitre es el jefe conquistador. El patriotismo es un principio lleno de elevados impulsos y pensamientos nobles, y nace de un amor desinteresado por el país. ¿Quién no simpatiza con Arnolfo de Winkelried, en Sempach; con Bruce, en Bannockburn, y con Hofer en Insbrück? Sus hechos fueron nobles, el solo recuerdo de su ejemplo ha contribuído á elevar el espíritu de sus compatriotas. Ellos dejan tras de sí una idea del deber que nunca podrá olvidarse.

Ni tampoco es el patriotismo en manera alguna incompatible con el ejercicio de una amplísima filantropía. Aquel cuyo corazón está unido por los lazos del hogar y de la patria, es más susceptible de experimentar la emoción pura, la viva simpatía y el esfuerzo valeroso, que el hombre cuyos sentimientos se concentran en sí mismo, y gasta su tiempo en el placer, en la frivolidad y en la indiferencia. Todo hombre debiera asir la idea, de que no es más que un eslabón en la cadena de la creación, y que, á pesar de su amor por la patria, tiene el mundo abierto ante sí, para la práctica de sus hechos de abnegación y caridad.

El patriotismo, la nobleza y el espíritu militar son culminantes en la vida de Washington, el jefe y libertador de su patria. Fué uno de los más grandes hombres del siglo diez y ocho, no tanto por su genio como por su pureza y excelente crédito. Su origen inglés fué una espléndida herencia. Descendía de un tronco anglicano establecido en el condado de Durham; de allí emigraron sus antecesores á América, y se establecieron en Virginia por el año de 1657.

El carácter de Jorge Washington era tal que, en una edad temprana fué nombrado para ocupar puestos de grande impor-

en el campo del *Paño de Oro*, está en la cámara de los Guardias en el castillo de Windsor.